

era vincular el imperio del mundo, a fin de que la paz reinase en él. Prudencio, el gran poeta español, muestra, a su vez, que ese imperio universal no tenía más objeto que preparar el camino para Cristo que llega. Fué, en suma, como dice en sí mismo San Pablo, un «pedagogo hacia Cristo». No es extraño que San Ambrosio y San Agustín se supieran sus obras de memoria y no pudieran por menos de citarlas, aunque ya entonces se daban cuenta del gran peligro que implicaba la lectura de los clásicos, por el ateísmo de Lucrecio, el amoralismo de Cátulo, el libertinaje de Ovidio, Tibulo, Propercio o Marcial.

Virgilio, en cambio, era y es el buen maestro, el que enseña a amar lo que debe amarse o aborrecer lo que debe ser aborrecido, y aunque nosotros no llegamos tan lejos como el padre Espinosa al suponer que fué la influencia del mantuano lo que permitió a San Pablo hacerse rápidamente adepto «en la casa del César», ni al sugerir que pudo ser la falta de Virgilio lo que impidió que se le escuchara en la areópago de Atenas, porque con ello no olvidáramos de que el pensamiento helénico no contribuyó menos que la poesía de Virgilio a preparar el camino del cristianismo, como lo muestra el hecho de que el idioma de la iglesia primitiva y sus primeros concilios fué más el griego y no el latín, nos confesamos ganados por su tesis de la misión providencial de Virgilio y esperamos que, andando el tiempo, también gane a los directores de los pueblos y sirva para que se le vuelva a dar en la educación de las generaciones el mismo puesto de honor que ocupa en la historia universal de la cultura.

RAMIRO DE MAEZTU.

(Tomado de «La Prensa» de Buenos Aires, edición del 30 de abril de 1933)

## Registro del Mundo

por Jorge Carrera Andrade

Sólo el primero de los muchos libros de este poeta ecuatoriano vió la luz en su ciudad natal, Quito, y ya era ése, por extraño sino, un libro de viajes: «Latitudes». Los siguientes fueron apareciendo en Madrid, París, Bruselas, Tokio, San Francisco, puntos a los que sus tareas consula-



res iban llevando alternativamente al autor. De esas sucesiones de paisajes, siempre nuevos o diferentes, nutríase, de modo principal, su poesía, y los libros de versos que dejaba en cada ciudad constituían el jalón lírico de un doble viaje: el material y el más importante de su espíritu.

La publicación de «Registro del Mundo» tiene una significación plural. Equivale, en primer lugar, a una suerte de consagración: el libro ha sido impreso en las prensas de la Universidad quiteña y comprende una antología de la obra toda de Carrera Andrade. Por otra parte, el libro trae una faja cuya intención no puede pasarse por alto. Su leyenda contiene una afirmación del poeta peruano Alberto Hidalgo, que hace suya el escritor chileno Juan Marín, según la cual Jorge Carrera Andrade es, con Neruda y algún otro que no se menciona, uno de los tres primeros poetas americanos actuales.

Desconocemos el tono en que ha sido emitida esta frase, pero en todo caso, primero Marín, y luego en el Ecuador, la han recogido con absoluta seriedad.

Sin que ello implique imitarlos, creemos que la edición de esta antología consagratoria obliga a examinar con más detención la obra del poeta ecuatoriano y a enjuiciarla con la mayor honestidad posible.

La primera constatación que nos ofrece la producción de este poeta, es la alegría sensual de su poesía. Sus ojos acarician las cosas, gozan palpando sus contornos, y sus palabras se hacen jugosas en su boca, al nombrarlas. Carrera Andrade es un poeta visual, y es esa extraversión sin complicaciones el mejor signo de su poesía, y el más personal, por cuanto corresponde a su naturaleza de hombre del trópico. «Régimen de frutas», en esta línea, constituye uno de sus poemas mejor ubicados, el que con más precisión da la cuerda verdadera del poeta.

Tal vez ello mismo explica, por una fuerte necesidad objetivadora, que su recurso más habitual sea la metáfora, instrumento sin el cual su expresión poética quedaría reducida a casi nada.

Pero Carrera Andrade no es un poeta que se conforma con sus propios medios. Su fácil impresionismo hace que recoja, como una caja sensible, todas las vibraciones ajenas. Y así como sus libros han recorrido diferentes países, su sensibilidad recorre diferentes influencias. Las huellas ajenas



asoman con demasiada evidencia en sus versos, en los que aún resuenan las voces de Darío, Santos Chocano, Francis Jammes, los simbolistas y los dadaístas franceses, el colombiano Luis C. López, el peruano Alejandro Peralta y, finalmente, y de modo dominante en alguno de sus poemas, el chileno Pablo Neruda.

Leyendo, por ejemplo, «Sierra», «Indiana», «Fiesta de San Pedro», se cree estar releendo «Ande», el libro del peruano Peralta, que constituyó un suceso en su época dentro del género indigenista de la poesía-cartel. Hasta las imágenes son las mismas. La presencia de Neruda es tan absorbente que basta citar, para certificarlo, estos versos de «Segunda vida de mi madre», de Carrera Andrade:

*Sobre un pálido tiempo inolvidable,  
sobre verdes familias, de bruces en la tierra  
sobre trajes vacíos y baúles de llanto,  
sobre un país de lluvia, calladamente reinas.*

El recuerdo de «Rojas Giménez viene volando», de Neruda, del que son un calco, resulta inevitable. Lo mismo ocurre con «Biografía secreta del hijo», y con «Polvo, cadáver del tiempo» y, en general, con los restantes poemas de «País secreto». La despersonalización de la obra de Carrera Andrade se opera, pues, tal vez por la misma bondad receptora de su sensibilidad, que es desaprensiva y ligera, atenta sólo al colorido o a las resonancias exteriores de las cosas. La vida apacible del poeta, puede haber contribuido a acentuar esa tendencia.

No tenemos el menor ánimo de negar la obra de Carrera Andrade, de la que, es más, somos cumplidos admiradores. Muchas veces sus hallazgos nos han deslumbrado. Pero de acuerdo a un honesto principio de delimitación, que en arte es rigurosamente estricto, nos vemos obligados a situar las cosas en su justo punto. Carrera Andrade es un poeta colorista, de medios limitados, epidérmico, sin drama; por su propia naturaleza, es ajeno al drama, y es evidente que una poesía exclusivamente alegre, que carece de una dimensión indispensable, resulta convencional, y fatiga. Tiene su lugar en la poesía de América, pero colocarlo al lado de Neruda, es perjudicarlo. Ni Carrera Andrade necesita ampararse en la gloria del chileno, ni le conviene ponerse cerca. Los valores de su poesía deben brillar a distancia,



solos, y con diferente luz, más modesta, más circunscrita, pero propia.

TOMÁS GRACIÁN.

(Tomado de la Revista «Claridad» de Buenos Aires, No. 347.—Diciembre de 1941).

## Cinco poetas nuevos del Ecuador

### GUIA BIO-BIBLIOGRAFICA

En el No. 3 de *Las Américas*, correspondiente al mes de marzo del presente año, hemos encontrado tres poemas de autores ecuatorianos ya fallecidos, que ocupan lugar sobresaliente en la historia de la literatura ecuatoriana: Julio Zaldumbide, Numa Pompilio Llona y Juan Bautista Aguirre. Con excepción del último, fraile jesuita que vivió hasta 1786, estos poetas realizaron su obra literaria en la segunda mitad del siglo pasado.

Ahora, deseosos de colaborar en la plausible labor de propaganda cultural de nuestro país, gentilmente iniciada en Nueva York por el periódico *Las Américas*, vamos a referirnos, siquiera brevemente, a cinco de los poetas nuevos del Ecuador.

JORGE CARRERA ANDRADE. Es, sin lugar a duda, uno de los poetas más leales a su obra, que más se ha destacado en el cultivo de su poesía, cuantitativa y cualitativamente admirable. Por su entrañable vocación poética y por el alto sentido lírico de la mayoría de sus producciones, Carrera Andrade ha merecido sitio de primer orden en el panorama de la lírica hispanoamericana, junto al chileno Pablo Neruda, al mejicano Jaime Torres Bodet y a otros pocos poetas más de igual prestigio.

Carrera Andrade nació en Quito, el año de 1903. Actualmente reside en San Francisco de California, desempeñando el cargo de Cónsul General del Ecuador. Ha publicado algunos libros de poesía. El primero, «Estanque Inefable», corresponde a 1922; y el último «Registro del Mundo», que comprende una selección de sus poemas, apareció hace pocos meses. En prosa tiene el agradable libro de crónicas titulado «Latitudes». Los viajes que ha realizado Carrera Andrade por Europa, Asia y América, han contribuido efí-